

e insincero que eran las apreciaciones del poeta zacatecano como articulista político.

Tal vez de toda la colección de prosas sea *Coincidencias, ¿no?*, la que más sorprenda. En ella encontramos al López Velarde más taimado y de mayor mala fe. Relata aquí los temblores que sufrió Guadalajara en 1912, atribuyéndolos a la conducta observada por los liberales.

"Estos nuevos terremotos nos hacen recordar algunos hechos que parecen dignos de meditación. Ya sabemos que la sonrisa de Voltaire se dibujará en muchos labios... Fanatismo, dirán los exaltados... Coincidencias, exclamarán los despreocupados. Califiquenlos como quieran, que no por ello perderán su calidad de hechos... El 5 y el 6 de mayo, respectivamente, se dijeron blasfemias horribles en una fiesta taurina y se repartieron y fijaron en los portales unas estampas indecentes, asquerosas: el día 8, temblores... Habían cesado ya éstos, cuando en la noche del 18 de julio, so pretexto de honrar a Juárez, algunos oradores blasfemaron hasta hartarse: al comenzar el 19, pocas horas después de las blasfemias, un movimiento telúrico de los más fuertes... El 30 de noviembre don Luis Alatorre emprende la gloriosa cruzada de perseguir monjas, haciendo que cateen colegios y casas sospechosas: el día 2 del mes siguiente, a temblar de nuevo... Apúntense esas coincidencias, que el registro está abierto" (p. 247.)

El mismo López Velarde, en *La provincia mental (El don de febrero y otras prosas)*, pp. 188 a 191, se burla de esta arraigada manía de levitas y seglares. "En el púlpito de la parroquia [dice], un clérigo, de los que sitiaron a Alejandria en las cruzadas, se aventurará a afirmar que la escasez de lluvias es un castigo de lo alto por la maldad de los incrédulos y protestantes. (Alusión al vendedor de fideos y tallarines, que tapiza sus muros con carteles en que hay versículos del Génesis.) Entre este clérigo medieval y el López Velarde de las coincidencias existe una identidad perfecta.

Veamos ahora sus opiniones sobre algunos hombres de la Revolución. "Su tipo selvático [de Zapata] y sus hazañas delictuosas se destacan, como un borrrón sangriento, sobre la caricatura permanente de nuestros miserables sainetes políticos" (p. 110.) "El populacho, incapaz de discurrir sobre temas especulativos, simpatiza con Zapata porque éste representa el pillaje para saciar el hambre" (p. 111.) En *Musa casera*, hablando de la "chifladura de la poesía" con que amaneció cierta mañana don Antonio B. y Castro, y refiriéndose al "criminal propósito de versificar" de éste, le pide: "¡Ay, don Antonio, no versifiques! Preferimos a Zapata pulsando la lira" (p. 188.) Físicamente no distingue si es "hombre" o "fiera"; si tiene "manos" o "garras." Ve sus manifiestos hinchados de "barbarie comunista y gramatical".

Compara por su actuación insurrecta a Emiliano Zapata con Pascual Orozco. El primero ha tenido mejor suerte, más lúcida actuación revolucionaria el segundo. Sin embargo, condena a éste al través de sus partidarios: "Si un movimiento insurreccional [el orozquismo] pierde su faz política para tomar el gesto de los que cuelgan extranjeros, ese movimiento descende al fondo sombrío de la delincuencia común" (p. 124.)

La mayor parte de los artículos aquí reunidos tienen por finalidad zaherir ya como funcionarios, ya como hombres, a algunos mandatarios estatales, principalmente al doctor Rafael Cepeda de San Luis Potosí y a Alberto Fuentes D., de Aguascalientes. Reciben ataques si bien más esparcidos, aunque de igual incisión, Carlos Trejo Lerdo de Tejada, Procurador de Justicia, "sobrino nieto de su tío abuelo"; Fernando Calderón Iglesias, Presidente del Partido Liberal, como el anterior heredero del talento de su antecesor ilustre; Alberto Robles Gil, Gobernador de Jalisco, jacobino mayor.

En pocas ocasiones, por fortuna, López Velarde llega a poner el verso al servicio de la causa a que sirve. La más afortunada de estas incursiones tiene como tema al Gobernador de Aguascalientes: "Don Alberto Fuentes D., / el que con arte gobierna / a Aguascalientes, / y ha amado, / como Alonso a Dulcinea, / la democracia plebeya, / se presentó muy orondo / de los yankees en la fiesta, / de reluciente levita / y de patricia chistera... / ¡él, que en tiempos de campaña, / tuvo por grito de guerra: / que muera el bombín, muchachos, / y que la levita muera!" (pp. 98 y 99.) En otro artículo —*Contra Carreño*— se burla de la falta de elucación de Fuentes. Este —exagera— ha prohibido que se estudie en las escuelas del estado al venerable Carreño. El libro que lo sustituya enseñará a la niñez "la más delicada cortesía", "los principios de la democracia más higiénica". La obra tendrá, entre

otros, un capítulo sobre "La indumentaria republicana". En él se aconsejará a los "educandos, para cuando lleguen a gobernantes, que se abstengan del uso del chaleco y de los calcetines: del primero, porque es marcadamente aristocrático; y de los segundos, porque impiden la exudación, con la que se contravenien los intereses fisiológicos de la urbanidad porrita" (p. 94 y 95.)

López Velarde pinta la inseguridad del campo en *Los caminos*. "Ya ni quien piense en emprender un viaje... Y cosa rara: las célebres diligencias en que tantos episodios chuscos se desarrollaron en tiempos de la crinolina, corren tranquilamente, sin que un amante de lo ajeno salte sobre las mulas o meta la feroz cabeza por la ventanilla... Parece que el ferrocarril tienta más que las diligencias a los revoltosos de fisonomía natibularia... Es como si dijéramos, el progreso aplicado al bandolerismo" (n. 215.) Así el poeta aplica su talento, evadiéndose de su cometido político. Progresa. Escribe el irónico epitafio de las diligencias, tan caras a Payno y a López Portillo.

Transcribo, en seguida, las escasas referencias sobre literatura y literatos que se encuentran en los artículos, y más seriamente en las cartas.

En el artículo *A la muerte de Horacio*, comenta la defunción del horaciano doctor Uzeta como Director del Instituto Científico de San Luis Potosí. Murió el doctor Uzeta "sin declamar una oda, sin un sólo grito lírico. Ha muerto en el silencio de un discreto cirujano. Felicitaciones de los Pisonos" (p. 253.) En *El fracaso del Gobernador de San Luis Potosí*: "pero no lo logrará [rehabilitarse y rehabilitar el estado], así pasten los ciervos en el azul, como en el exámetro de Virgilio" (p. 264.)

Considera a Marcelino Dávalos —*El espiritismo en la poesía*— como escritor de "mañanitas" "con versos de sicalepsis barata"; como un émulo de Vanegas Arroyo; como un cultivador de la *poesía* espiritista. "Pero resulta que los mediums aplicados a la *poesía* resultan desastrosos, porque no saben ni contar sílabas" (p. 238.) Si Dávalos hiciera uso de un medium "lo pondría en comunicación interplanetaria con el célebre don Celestino González".

En carta fechada en San Luis Potosí el 14 de mayo de 1909, López Velarde le informa a Correa que le envía para *El Regional* un artículo sobre Nervo, artículo que hasta ahora no ha sido recopilado. En el índice que formulé de ese diario —*Ariel*, segunda época, núm. 4, Guadalajara, octubre de 1951—, no aparece. Sabemos, asimismo, por la carta, cuáles eran sus lecturas por ese tiempo: Nervo, Martínez Sierra, Marquina, Répide y Alberto Valero Martín, poeta desconocido "que denuncia francas facultades". "Se me olvidaba decirle que le hice igualmente los honores a los *Mosqueteros de Dumas*".

El 17 de junio de 1909 en otra carta a Correa, dice: ya leí *Silenter y Vendimión*. La obra de González Martínez me afirmó la idea que de él tengo, que es un poeta completo. El poema de Marquina me parece muy desigual: lugares en que el arte es perfecto y lugares de una construcción postiza que no se soporta. La parte del cisne y la de Vendimión doméstico me subyugaron por su poesía suma. En resumen: la primera parte del libro me encantó; la otra me parece menos que mediana" (p. 329.) En 1917 Marquina le seguía pareciendo un buen poeta "cuyo único defecto, a mi ver, consiste en su propensión a la teoría, en su afán especulativo, del que se deducen frecuentes páginas baladías para la sensación" (*El don de febrero*, p. 299.) Como Martínez Sierra cree —en la misma prosa— que hay "cientos" en España en ese momento, González Martínez sigue siendo para él, en 1915, un poeta de tono cabal, "con una pluma parienta de Heredia y de Samain", No le entusiasma mayor cosa. Observa, acertadamente, que si el buho tiene una íntima trascendencia, el cisne es, también, de gracia trascendente.

Estas son, abreviadas, las ideas más importantes que para su dicha o desdicha asienta López Velarde. En estos días de curiosidad malsana, en que más se comenta la turbulencia de una vida que la excelencia de una obra, como sucedió recientemente en el centenario de Díaz Mirón, la *Prosa política* servirá de comidilla de escándalo para los revolucionarios y de mácula indeleble para el prestigio de su obra en el ánimo sectario de muchos que lo admiran. La rotonda de hombres ilustres se le escapa al poeta "de sus manos cual viento ligero y cual sueño fugaz". Pero su sol se nublará —como en el poema— "como se nubla el sol ficticio / en las decoraciones / de los Calvarios de los Viernes Santos". A las matracas sucederán las campanas; al nombre, la obra.

WALTER M. BEVERAGGI ALLENDE, *El servicio del capital extranjero y el control de cambios*. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 238 pp.

El profesor Beveraggi ha percibido en su obra la importancia que las transacciones internacionales de la República Argentina tienen para la actividad económica interna y para el valor de la moneda. Al no encontrar, dentro del material teórico de los grandes tratadistas, nada que pudiera guiarlo en una adecuada interpretación de ese problema en Argentina, decidió emprender, por sí mismo, el análisis de los efectos que las inversiones extranjeras y los servicios financieros, producen sobre la balanza de pagos, el ingreso nacional y el valor de la moneda. Se ha valido el autor, para el desarrollo de su estudio, de los datos que la propia experiencia de Argentina, en las cuatro décadas que corren de 1900 a 1943, le

ha proporcionado. Su penetración le ha hecho advertir que si en las obras de los grandes economistas, que generalmente surgen dentro de los países más ricos e industrializados, no se ha dado atención a este problema, es porque a sus países "exportadores de capital" no les interesa la resolución de problemas característicos de los pueblos poco desarrollados que son, por otra parte "blanco apropiado para las inversiones extranjeras".

Después de acometer en los doce capítulos del libro todos los asuntos que se relacionan principalmente con estos problemas, cuyo examen tanto puede beneficiar a los pueblos de América, el autor termina señalando las dificultades con que se ha de tropezar si no se advierte que, los controles comerciales y cambiarios, pueden ser una solución momentánea para los países productores de materias primas que deseen confiar en las inversiones extranjeras para desarrollarse económicamente.

E. L.

THOMAS MUN, *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior y Discurso acerca del comercio de Inglaterra con las Indias Orientales*. Fondo de Cultura Económica. México, 1954. 211 pp.

Con una introducción de Jesús Silva Herzog y un estudio de E. A. Johnson surge al español, traducida por Samuel Vasconcelos, esta notable obra de Thomas Mun, escritor nacido en el siglo XVI, cuya obra constituyó en su tiempo una aportación fundamental para la literatura económica inglesa y, cuyo discurso acerca de las Indias Orientales, le diera reconocido prestigio.

"Los economistas contemporáneos, aun cuando sean simples artesanos de la ciencia —dice Silva Herzog—, saben bien lo que una balanza de pagos favorable o desfavorable significa para el enriquecimiento o la pobreza de un país"; ésta es la advertencia principal que

Thomas Mun quiere hacer en su libro: la balanza de nuestro comercio exterior es la norma de nuestra riqueza.

Al surgir los "mercantilistas", la teocracia de la Edad Media se vio alterada en sus principios normadores de la conducta comercial, pues ya empezaba a vislumbrarse el horizonte de beneficios que dejarían al hombre la dirección inteligente de la riqueza y el progreso industrial que, más tarde, contribuyeron tan directamente al desarrollo de la tecnología y, con ello, al crecimiento de los recursos científicos y los descubrimientos que permitieron sanear y darle amplitud al cerco de las actividades humanas.

Algunos países en nuestros días se encuentran más allá del sitio en que, semejante política industrial, pudo prestar al hombre utilidad efectiva y, muchos otros países, viven colocados aún en circunstancias menesterosas de impulsos industriales y de enriquecimiento; tal vez por eso, la obra de Mun invite en la actualidad no sólo a la reflexión